

Estaban perdidos. Rosemary lo sabía y lo dijo en un lenguaje enérgico. Brian también era muy consciente de su situación, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Uno no puede perderse en Inglaterra —afirmó—. Estamos obligados a llegar a una carretera principal si caminamos en línea recta.

—Pero supongamos que deambulamos en círculos —dijo Rosemary, mirando temerosa alrededor del paisaje de Dartmoor—. Podríamos terminar en un pantano.

—Si usamos nuestros ojos no hay razón para que los pantanos nos molesten. Vamos y deja de quejarte.

—Nunca debimos haber dejado ese camino —insistió Rosemary—. ¿Y si nos atrapa la noche?

—No seas tonta, solo es mediodía. Estaremos en Princetown mucho antes del anochecer.

—Ojalá —ella se negó a ser convencida—. Tengo hambre.

—Yo también —subían por una pendiente empinada—. Pero no sigo hablando de eso.

—No seguiré adelante. Tengo hambre y lo dije. ¿Crees que encontraremos una carretera principal pronto?

—Sobre la próxima subida. Siempre hay una carretera principal en la siguiente subida.

Pero estaba equivocado. Cuando llegaron a la cima de la siguiente elevación y miraron hacia abajo, solo había un camino estrecho que terminaba en una puerta destartada colocada en un muro bajo de piedra. Más allá, como una isla rodeada por un lago amarillo, había una casa rodeada de césped. Estaba construida con piedra gris y parecía un gran monstruo agachado que miraba a través del campo con múltiples ojos de vidrio. Tenía un aspecto extraño. Las chimeneas podrían haber sido astillas irregulares de roca que habían adquirido una forma cilíndrica después de siglos de viento y lluvia. Pero lo realmente extraño era que el sol parecía ignorar la casa. Había horneado el césped hasta darle un color amarillo pálido, agrietado la pintura de una glorieta adyacente, pero de alguna manera inexplicable parecía negar la existencia de la gran masa imponente.

—¡Té! —exclamó Rosemary.

—¿Qué?

—Té. La anciana, está tomando té.

Efectivamente, sentada junto a una mesita que se acurrucaba a la sombra de una gran sombrilla multicolor, estaba una viejita de pelo blanco tomando el té. Brian frunció el ceño, porque no podía entender por qué no la había visto antes, pero allí estaba ella, una figura diminuta con un vestido blanco y un sombrero flexible, bebiendo té y comiendo sándwiches. Se humedeció los labios secos.

—¿Nos acercamos? —preguntó él.

—Mírame —Rosemary comenzó a correr cuesta abajo hacia la puerta—. Me acercaría al mismísimo Drácula si tuviera una decente taza de té a mano.

Sus pies se movieron por un camino de grava y parecía que la brisa que agitaba el brezo cálido por el sol en los páramos no se atrevía a entrometerse aquí. Había una extraña quietud, una completa ausencia de sonido, excepto por el crujido de los pies sobre la grava, y esto también cesó cuando caminaron hacia el césped reseco.

La anciana miró hacia arriba y una lenta sonrisa iluminó gradualmente una carita benigna y arrugada, mientras sus diminutas manos revoloteaban sobre la mesa, sacando dos tazas y platillos, luego palpaba la tetera como para asegurarse de que el contenido todavía estaba caliente.

—Pobres niños —su voz tenía esa cualidad áspera, ligeramente quebrada, propia de algunas damas cultas de edad avanzada, pero la pronunciación era clara, precisa—. Se ven tan acalorados y cansados.

—Estamos perdidos —anunció Rosemary alegremente—. Hemos vagado por millas.

—Debo disculparme por entrometerme —comenzó Brian, pero la anciana agitó una cucharadita hacia él como para enfatizar la imposibilidad de intrusión.

—Mi querido joven, por favor. Son bienvenidos. No recuerdo cuándo fue la última vez que entretuve a un visitante, aunque siempre he esperado que alguien pasara por aquí de nuevo. El tipo correcto de alguien, por supuesto.

Sus manos y hombros temblaron levemente, luego una expresión de cortés angustia arrugó su frente.

—Pero qué desconsiderada soy. Están cansados de tantas millas andando y no hay

sillas.

Volvió la cabeza y gritó con voz aguda y temblorosa.

—¡Carlo! ¡Carlo!

Un hombre alto y delgado salió de la casa y se acercó lentamente a ellos. Estaba vestido con una túnica de raso negro y, posiblemente debido a alguna deformidad, parecía saltar sobre el césped en lugar de caminar. Brian pensó en un lobo, o en un perro grande que ha visto intrusos. Se detuvo a unos metros de la anciana y se quedó esperando, sus ojos color pizarra observaban a Rosemary con una extraña intensidad.

—Carlo, traer dos sillas más —ordenó la anciana—, luego un poco más de agua caliente.

Carlo emitió un sonido gutural y partió en dirección a la glorieta, dando un salto hacia adelante en una especie de carrera a grandes zancadas. Regresó casi de inmediato con dos pequeñas sillas de listones. Brian y Rosemary se sentaron bajo la gran sombrilla, bebiendo té en delicadas tazas de porcelana y escuchando la voz áspera y cultivada.

—Vivo sola aquí desde hace mucho tiempo. Dios mío, si te dijera cuánto tiempo, sonreirías. El tiempo es un bien inagotable, siempre y cuando uno pueda tocar el manantial. El secreto es dividirlo en pequeños cambios. Una hora no parece mucho hasta que recuerdas que tiene tres mil seiscientos segundos. ¡Y una semana! Mi palabra, ¿alguna vez te diste cuenta de que tienes seiscientos cuatro mil ochocientos segundos para gastar cada siete días? Es un tesoro enorme. Toma otro sándwich de mermelada de fresa, niña.

Rosemary aceptó otro emparedado triangular con bordes rosados y luego se quedó mirando la casa con los ojos abiertos. De cerca parecía aún más sombría. Daba la impresión de que las paredes habían dibujado sus sombras sobre sí mismas como un manto fantasmal, y aunque se erguía austera y amenazante a plena luz del día, todavía parecía estar divorciada de la luz del sol. Rosemary, por supuesto, hizo la declaración obvia.

—Debe ser muy antigua.

—Ha estado aquí —dijo la anciana—, durante millones y millones de segundos. Ha bebido profundamente del barril del tiempo.

Rosemary soltó una risita y luego se apresuró a asumir una expresión extravagantemente seria cuando Brian la miró con furia. Dio un sorbo a su té y dijo:

—Esto es realmente muy amable de su parte. Estábamos cansados y bastante

asustados también. Los páramos parecían seguir y seguir y pensé que tendríamos que pasar la noche allí.

La anciana asintió, su mirada vacilando de un rostro joven al otro.

—No es agradable perderse en un espacio grande y vacío. Sin duda, si no hubieran regresado antes del anochecer, alguien habría instigado una búsqueda.

—No creo —dijo Rosemary con encantadora sencillez—. Nadie sabe dónde estamos. Nos estamos tomando unas vacaciones itinerantes.

—Qué aventureros —murmuró la anciana, luego gritó por encima del hombro—. Carlo, más agua caliente, hombre. Date prisa.

Carlo salió dando saltos de la casa con una jarra de plata en una mano y un plato de bocadillos en la otra. Cuando llegó a la mesa, tenía la boca abierta y respiraba con dificultad. La anciana le lanzó una mirada ansiosa.

—Pobre viejo —lo consoló—. ¿El calor te deprime, eh? ¿Te hace resoplar y jadear? No importa, puedes ir y acostarte en algún lugar a la sombra —se volvió hacia sus invitados y les dedicó una sonrisa amable y benigna—. Carlo es de sangre mixta y el calor le resulta muy difícil. Sigo diciéndole que practique más el autocontrol, pero insistirá en correr de un lado a otro —suspiró—. Supongo que es su naturaleza.

Rosemary estaba mirando fijamente su regazo y Brian vio una ominosa sacudida de sus hombros, por lo que exclamó apresuradamente:

—¿De verdad vive sola en esa gran casa? Parece enorme.

—Solo en una pequeña porción, niña —ella rió suavemente, un pequeño sonido plateado—. ¿Ves las ventanas en la planta baja que tienen cortinas? Ese es mi pequeño dominio. Todo el resto está cerrado. Millas y millas de pasillos vacíos.

Brian volvió a examinar la casa con renovado interés. Seis ventanas inferiores parecían en mejores condiciones que las otras; los marcos, en un pasado no muy lejano, habían sido pintados de blanco y las cortinas del mismo color les daban un aspecto vivido, pero los cristales todavía parecían reacios a reflejar la luz del sol. Frunció el ceño antes de levantar la vista hacia los pisos superiores.

Tres filas de vidrios sucios: tantos ojos detrás de los cuales la vida se había ido hacía mucho tiempo, excepto posiblemente por ratas y ratones. Luego se sobresaltó y se agarró las rodillas con manos que no estaban del todo firmes. En el último piso, en la tercera ventana desde la izquierda, un rostro apareció de repente y apretó la nariz contra el cristal. No había forma de saber si era joven o viejo, o si pertenecía a un

hombre, mujer o niño. Era solo una mancha blanca equipada con un par de ojos en blanco y una nariz chata.

—Señora... —comenzó Brian.

—Mi nombre —dijo la anciana suavemente—, es señora Brown.

—Señora Brown. Hay un...

—Un bonito nombre hogareño —prosiguió la señora Brown—. ¿No lo crees? Siento que va con un fuego ardiente, una tetera que canta y panecillos para el té.

—Señora Brown. La ventana de allá arriba...

—¿Qué ventana, querido? —la señora Brown estaba examinando el interior de la tetera con cierta preocupación—. Hay tantas ventanas.

—La tercera desde la izquierda —Brian estaba señalando la cara, que parecía estar abriendo y cerrando la boca—. Hay alguien ahí arriba y parece estar en problemas.

—Estás equivocado, querido —la señora Brown negó con la cabeza—. Nadie vive allá arriba. Y sin vida, no puede haber rostro. Esa es la lógica.

El rostro desapareció. No estaba tanto retirado como borrado, como si la ventana se hubiera nublado de repente y ahora fuera solo el ojo de otro hombre muerto mirando hacia los páramos bañados por el sol.

—Juraría que había una cara —insistió Brian, y la señora Brown sonrió.

—El reflejo de una nube. Es tan fácil ver caras donde no las hay. Una grieta en el techo, una mancha húmeda en una pared, un charco a la luz de la luna: todo se convierte en caras cuando el cerebro está cansado. ¿Puedo servirte otra taza?

—No, gracias.

Brian se levantó y le dio un codazo a Rosemary para que hiciera lo mismo. Ella obedeció con mala gana.

—Si fuera tan amable de indicarnos la carretera principal más cercana, seguiremos nuestro camino.

—Yo no podría hacer eso —la señora Brown parecía muy angustiada—. Realmente estamos a millas de cualquier lugar y ustedes, pobres niños, se perderían irremediablemente. De verdad, debo insistir en que se queden aquí a pasar la noche.

—Es usted muy amable. No nos considere desagradecidos —dijo Brian—, pero debe haber un pueblo no muy lejos.

—Oh, Brian —Rosemary agarró su brazo—. No podría soportar vagar por ahí durante horas. Supongamos que se pone el sol y...

—Te lo dije antes, estaremos en casa y secos mucho antes de eso —espetó él.

La señora Brown se levantó, revelándose como una figura de mediana estatura, cuyos hombros arqueados la hacían más baja de lo que realmente era. Agitó un dedo juguetón hacia el joven.

—¿Cómo puedes ser tan poco galante? ¿No puedes ver que la pobre chica simplemente se está cayendo de fatiga? —tomó el brazo de Rosemary y comenzó a empujarla hacia la casa, todavía hablando con su voz áspera y precisa—. Estos hombres grandes y fuertes no piensan en nosotras, pobres y frágiles mujeres. ¿Verdad, querida?

—Es un bruto —Rosemary le hizo una mueca a Brian por encima del hombro—. No nos hubiéramos perdido si no nos hubiera hecho salir de la vía principal.

—Es el espíritu inquieto lo que persigue a los mejores —confió la señora Brown—. Deben vagar por lugares extraños y prohibidos, y luego volver llorando a casa con nosotras cuando se lastiman.

Entraron por las ventanas francesas abiertas, dejando atrás la calurosa tarde de verano, porque un frescor suave y pegajoso saltó para abrazar sus cuerpos como una sábana ligeramente húmeda. Brian se estremeció, pero Rosemary exclamó:

—Qué dulce.

Se refería a la habitación. Estaba llena de muebles: sillas, mesa, aparador, de los que hace mucho que se ha ido el brillo de la novedad; la alfombra estampada se había desteñido, al igual que el empapelado; un jarrón de flores secas estaba sobre la repisa de la chimenea y de todos lados salía un aroma dulce, apenas perceptible. Era el olor de una vejez extrema que se acerca tímidamente a la muerte con pasos vacilantes. Por un momento, Brian tuvo una imagen mental de un ataúd abierto adornado con flores marchitas. Entonces habló la señora Brown.

—Hay dos lindas habitaciones pequeñas situadas en la parte trasera. Descansarán bien en ellas.

Carlo surgió de alguna parte; estaba de pie junto a la puerta abierta, sus ojos grises pizarra miraban a la señora Brown mientras asentía con gravedad.

—Vayan con él, queridos. Él atenderá sus necesidades y entonces, cuando hayan descansado, cenaremos.

Siguieron a su extraño guía a lo largo de un pasillo pintado de penumbra. Él abrió dos puertas en silencio, le indicó a Rosemary que entrara en una y luego, después de mirar fijamente a Brian, señaló la otra.

—¿Has estado con la señora Brown por mucho tiempo? —preguntó Brian en voz alta, asumiendo que el hombre era sordo—. Debe ser bastante solitario para ti.

Carlo no contestó, se limitó a girar sobre sus talones y retrocedió por el pasillo con ese extraño andar a galope tendido. Rosemary se rió.

—Honestamente, ¿alguna vez viste algo así?

—Solo en una película de terror —admitió Brian—. Dime, ¿crees que es sordomudo?

—Es bastante obvio —Rosemary se encogió de hombros—. Echemos un vistazo a nuestras habitaciones.

Eran idénticas. Cada una tenía una cama con dosel, una cómoda de estilo Tudor y una mesita de noche. Prevalecía el mismo olor tenue, pero Rosemary no parecía notarlo.

—¿Crees que este lugar se dirige a un baño? —preguntó, sentándose en la cama de Brian.

Antes de que pudiera responder, la forma delgada de Carlo llenó la entrada y emitió un sonido gutural mientras les hacía señas para que lo siguieran. Abrió la marcha por el pasillo y les indicó que entraran en la habitación del otro lado. Estaba vacía excepto por un baño de asiento muy antiguo y seis cubos de cuero alineados contra una pared.

Comenzaron a reír, aferrándose el uno al otro para apoyarse. Su guía silencioso los observaba con una mirada inexpresiva. Brian fue el primero en recuperar su capacidad de hablar.

—Haz una pregunta tonta —jadeó—, y obtendrás una respuesta ridícula.

—Rara vez como esta.

La señora Brown estaba bebiendo delicadamente un vaso de agua mineral y observando a los jóvenes con vivo interés mientras cada uno consumía un bistec grande y una generosa ración de ensalada fresca.

—Cuando tienes mi edad —prosiguió—, el fuego interior de una necesita poco combustible. Un sorbo de agua, un bocado ocasional, alguna que otra miga.

—Pero debe comer —Rosemary miró a la anciana con cierta preocupación—. Quiero decir, tiene que hacerlo.

—Niña —la señora Brown le hizo una seña a Carlo, quien comenzó a recoger los platos vacíos—, la comida no es necesariamente carne y verduras. La pasión alimentará el alma y nutrirá el cuerpo. Recomendando el amor como un aperitivo, el odio como el plato principal y el miedo como un postre helado.

Rosemary miró nerviosamente a Brian, luego bebió un largo trago de agua para ocultar su confusión. El joven decidió llevar la conversación a un plano más mundano.

—Estoy muy interesado en su casa, señora Brown. Me parece una pena que se use tan poco.

—No dije que no se usara, querido —lo corrigió la señora Brown amablemente—. Dije que nadie vivía en el área que se encuentra fuera de este apartamento. Hay, como estoy segura de que estarás de acuerdo, una diferencia.

Carlo regresó con un plato grande de manjar blanco rosado; lo depositó sobre la mesa después de darles a la niña y al joven una mirada larga e inexpresiva.

—Debes perdonar a Carlo —dijo la señora Brown mientras cortaba el manjar en rodajas finas—. Ha pasado algún tiempo desde que recibimos invitados y es probable que mire fijamente lo que no se le permite tocar.

Brian le dio un codazo a Rosemary, que observaba el corte de manjar con asombro manifiesto.

—Señora Brown, usted dice que el resto de la casa se usa, pero no se vive en ella. Lo siento, pero...

—¿Alguien vive en tu estómago? —preguntó la señora Brown en voz baja.

Se rió, pero al no ver ninguna sonrisa en el rostro arrugado de enfrente, rápidamente asumió una expresión seria.

—No claro que no.

—¿Pero se usa? —insistió la señora Brown.

Él asintió.

—Sí, de hecho. Bastante.

—Así es con la casa —le entregó a Rosemary un plato que contenía tres finas rebanadas carne y la niña dijo «Gracias» con voz estrangulada—. Verás, la casa no requiere que la gente viva en ella, por la simple razón de que es, en sí misma, un organismo vivo.

Brian frunció el ceño mientras aceptaba su plato. La señora Brown pareció satisfecha con su aparente aquiescencia.

—Después de todo, en las casas ordinarias, ¿qué son los pasillos? Te lo diré. Intestinos. ¿Y la caldera que bombea agua caliente por todo el cuerpo de la casa? Un corazón, ¿qué más podría ser? Del mismo modo, esa masa de tuberías y cisternas que residen en el desván, ¿qué son sino un cerebro?

—Tiene razón —estuvo de acuerdo Brian.

—Por supuesto que sí —la señora Brown depositó otra rebanada en el plato de Rosemary—. Pero, por supuesto, me refería a casas ordinarias. Esta no es una casa ordinaria de ninguna manera. Realmente vive.

—Ciertamente me gustaría conocer al constructor —dijo Brian cáusticamente—. Debe haber sido un tipo extraordinario.

—¡Constructor! —la señora Brown se rió entre dientes—. ¿Cuándo mencioné un constructor? Mi querido joven, la casa no se construyó. Creció.

—Está loca como una cabra —Rosemary habló con fuerte convicción mientras estaba sentada en la cama de Brian.

—Cierto —asintió Brian—, pero la idea es bastante fascinante.

—Oh, vamos. ¿Cómo puede crecer una casa? ¿Y de qué? ¿De un ladrillo?

—Espera un minuto. En cierto modo, una casa crece. Es engendrada por un arquitecto y amantada por un constructor.

—Todo eso está muy bien —se quejó Rosemary—, pero esa vieja sostiene que la maldita cosa creció como un árbol. Francamente, ella me pone los pelos de punta. ¿Sabes? Creo que se está riendo de nosotros. Quiero decir, todo eso negocio de cortar la comida en rodajas finas.

—Una casa es una extensión de la personalidad de un hombre —Brian estaba

pensando en voz alta—. En su vida temprana sería inocente, como un bebé recién nacido, pero después de haber vivido un poco... —hizo una pausa—, entonces la casa adquiriría una atmósfera... incluso podría estar embrujada.

—Cállate —Rosemary se estremeció—. Tengo que dormir aquí noche. En cualquier caso, como sigo diciendo, la vieja mantiene que la casa creció.

—Incluso eso tiene una especie de lógica loca —él sonrió, burlándose de lo que supuso que era su miedo fingido—. Debemos invertir el proceso. La atmósfera fue primero, la casa después..

—Me voy a la cama —se levantó y se dirigió a la puerta—. Si me escuchas gritar durante la noche, ven corriendo.

—¿Por qué molestarse en ir? —Brian preguntó astutamente—. Si te quedas aquí, no tendré que correr a ningún lado.

—Qué gracioso. No en esta morgue —ella sonrió con picardía desde la puerta—. Estaría imaginando todo tipo de cosas mirándome desde el techo.

Brian yacía en su cama con dosel y escuchaba cómo la casa se preparaba para dormir. La carpintería se contrajo a medida que bajaba la temperatura; las tablas del suelo crujían, los marcos de las ventanas hacían pequeños ruidos de traqueteo, en algún lugar una puerta se cerró.

El sueño comenzó a adormecer sus sentidos y se volvió sólo medio consciente de su entorno; estaba al borde del olvido. Entonces, como si hubiera explotado una bomba, volvió a la plena conciencia. Un gemido prolongado había roto el silencio y venía hacia él desde todas las direcciones. Se incorporó y miró alrededor de la habitación.

Por lo que podía ver a la luz de la luna creciente que se filtraba a través de las cortinas de encaje, la habitación estaba vacía. De repente, el gemido se repitió. Saltó de la cama, encendió su vela y miró a su alrededor como un loco. El sonido estaba en todas partes: en las paredes con su papel pintado de rosa desteñido, en el techo agrietado. Se tapó los oídos con manos temblorosas, pero el gemido lastimero continuó, invadiendo su cerebro, filtrándose hasta su mismo ser, hasta que pareció que el universo entero gritaba de angustia. Luego, tan abruptamente como comenzó, cesó. Un pesado y antinatural silencio descendió sobre la casa como un gran manto envolvente.

Brian se apresuró a vestirse.

—Suficiente —dijo en voz alta—. Hay que irse de aquí.

Otro sonido surgió. Empezó muy lejos. Un paso lento y vacilante, casado con el chirrido de las tablas del suelo, un laborioso levantamiento y descenso de pies descalzos, intercalados con un deslizamiento que sugería que el caminante invisible estaba agobiado por un cansancio de siglos. Esta vez no había duda de dónde venía el sonido. De arriba. Los pasos suaves y acolchados pasaron sobre el techo y una vez más la casa gimió, pero ahora era un gemido de éxtasis, un grito sordo de satisfacción.

Brian abrió la puerta del dormitorio y salió sigilosamente al pasillo. El grito quejumbroso y los pasos resbaladizos se fusionaron y se convirtieron en una sinfonía de pesadilla, una serenata de horror en dos tonos. Luego, nuevamente, todo sonido cesó y el silencio fue como una mina terrestre que podría explotar en cualquier momento. Se encontró esperando que el gemido y los pasos deslizándose sobre su cabeza comenzaran de nuevo, o tal vez algo más, algo que desafiara la imaginación.

Llamó a la puerta de Rosemary, luego giró el picaporte y entró, sosteniendo la vela en alto y llamándola por su nombre.

—Rosemary, despierta. Rosemary, vamos, nos vamos de aquí.

La vacilante llama de la vela hizo que grandes sombras saltaran por las paredes y bailaran sobre el techo; abrió canales irregulares a través de la oscuridad hasta que, por fin, su ojo inquisitivo vio la cama. Estaba vacía. Las sábanas y las mantas estaban enrolladas en cuerdas sueltas y una almohada yacía en el suelo.

—¡Rosemary!

Él susurró su nombre y la casa se rió entre dientes. Una risa baja, áspera, gorgoteante, que lo hizo salir corriendo de la habitación, correr por el largo pasillo, hasta dar tumbos en el comedor.

Sobre la mesa había una lámpara de aceite anticuada que iluminaba la habitación con una luz anaranjada pálida y dejaba ver a la señora Brown, sentada en un sillón, zurciendo tranquilamente un calcetín. Levantó la vista cuando Brian entró y sonrió como una madre cuyo hijo pequeño se ha extraviado de su cálida cama en una noche de invierno.

—Dejaría la vela, querido —dijo—, de lo contrario derramarás grasa por toda la alfombra.

—¡Rosemary! —gritó—. ¿Dónde está?

—Realmente no hay necesidad de que grites. A pesar de mi avanzada edad, no soy sorda —rompió la lana, luego le dio la vuelta al calcetín y examinó su trabajo con cierto orgullo—. Así está mejor. Carlo es tan duro con sus calcetines —ella miró hacia

arriba con una sonrisa astuta—. Es de esperar, por supuesto. Tiene los pies duros.

—¿Dónde está ella? —Brian dejó la vela y se acercó a la anciana, que ahora estaba cerrando su canasta de trabajo—. No está en su habitación y hay signos de lucha. ¿Qué ha hecho con ella?

La señora Brown sacudió la cabeza con tristeza.

—Preguntas, preguntas. Cuán hambrienta está la juventud de conocimiento. Exiges saber la verdad y, si gratificara tu deseo, cuán angustiado te sentirías. La ignorancia es un regalo ofrecido gratuitamente por los dioses y muy a menudo es rechazado por mortales descarriados. Incluso a veces me gustaría saber menos, pero... —su suspiro fue de triste resignación—, el tiempo revela todo a aquellos que viven lo suficiente. Deberías volver a la cama, querido. Los jóvenes necesitan dormir.

Brian avanzó unos pasos y luego habló con voz cuidadosamente controlada.

—Voy a preguntarle por última vez, señora Brown, o como se llame, ¿qué ha hecho con Rosemary?

Ella levantó la vista y sacudió la cabeza en triste reproche.

—¡Amenazas! Qué imprudente. Un gorrión nunca debería amenazar a un águila. Es tan inútil y una pérdida de tiempo.

La señora Brown colocó con cuidado su cesta de trabajo en el suelo y luego espetó con una voz sorprendentemente firme:

—¡Carlo!

Llegó, desde algún lugar detrás de Brian, un gruñido bajo y profundo. Un sonido tan amenazador podría haber salido de la garganta de un perro grande cuya ama ha sido amenazada, o de una loba que protege a sus crías, pero cuando el joven se dio la vuelta, vio a Carlo de pie a unos metros de distancia. El hombre tenía la cabeza inclinada hacia un lado y sus grandes dientes amarillos estaban al descubierto mientras gruñía de nuevo. Su postura era grotesca. Estaba ligeramente inclinado hacia adelante como si se preparara para saltar y sus dedos estaban curvados como garras; sus mejillas parecían haberse encogido y su cabello negro caía hacia atrás sobre su cráneo estrecho como una elegante melena de ébano.

—¿Me creerás —dijo la señora Brown, y su voz era menos áspera, mucho más joven— si te digo que solo tengo que decir una palabra y tu tráquea te colgará por la pechera.

—Está loca —Brian retrocedió lentamente y Carlo avanzó—. Ambos están locos.

—Quieres decir —la señora Brown dio la vuelta y se unió a Carlo— que no somos normales según tus estándares. Eso te lo concedo. La cordura es sólo una forma de locura favorecida por la mayoría. Pero creo que ha llegado el momento de la verdad, ya que estás tan ansioso por conocerla.

—Solo quiero encontrar a Rosemary y luego salir de aquí —dijo Brian.

—¿Encontrar a tu amiguita? Tal vez. ¿Salir de aquí? Ah... —la señora Brown se quedó pensativa—. Ese es otro asunto. Pero vamos, hay mucho para que veas, y por favor, nada de heroísmo. Carlo no está de humor. Es propenso a ser un poco quisquilloso cuando hay luna llena.

Salieron en fila al vestíbulo, la señora Brown a la cabeza, Brian la seguía y el sombrío Carlo cerraba la marcha. A la derecha de una gran escalera había una puerta negra y la señora Brown la abrió, luego entró en la habitación del otro lado, donde procedió a encender una lámpara con la vela de Brian.

La luz se deslizó hacia afuera en círculos cada vez mayores cuando ella subió la mecha, revelando paredes con paneles de roble y un techo adornado con telarañas. La habitación estaba vacía, a excepción del retrato que colgaba sobre una sucia chimenea de mármol. Los ojos del joven se sintieron atraídos por esto como un alfiler por un imán.

El fondo era negro azabache y la cara blanca como un cadáver; los grandes ojos negros brillaban con un intenso odio por todos los seres vivos y la boca de labios delgados estaba cerrada con fuerza, pero el retrato había sido pintado con tanta astucia que Brian tuvo la sensación de que podría abrirse en cualquier momento.

—Mi difunto esposo —dijo la señora Brown.

La declaración no invitó a comentar y Brian no hizo ninguno.

—Debe ser la mejor parte de los quinientos años desde que bajaron del pueblo —continuó la señora Brown—. Sacerdotes cantando como cuervos negros, campesinos maullando, acurrucados como ovejas asustadas. Recuerdo que era de noche y las nieblas envolvían los páramos y se arremolinaban alrededor de su cruz tres veces maldita, como si quisiera protegernos de la amenaza que representaba.

Hizo una pausa y Brian se dio cuenta de que parecía mucho más joven. El rostro se iba llenando, los hombros ya no estaban encorvados.

—No consideraron que yo era de gran importancia —continuó la señora Brown—, así que simplemente me ataron a un árbol y me azotaron, proporcionando así

entretenimiento a la manada de ganado humano a quienes nada les gustaba más que ver a una mujer retorciéndose bajo el sol. Pero a él... Cavarón un hoyo, y lo acostaron, después de haber atado su cuerpo con cuerdas que fueron selladas con la temida señal. Luego le clavaron una estaca en el corazón... Tontos.

Miró a Brian y apretó sus pequeños puños.

—Lo dieron por muerto. ¡Muerto! Su cerebro aún vivía. La sangre era solo simbólica, era la esencia vital que necesitábamos, que todavía necesitamos: la fuerza que hace que el alma alcance las estrellas, el martillo que puede crear belleza a partir de la depravación negra.

Se acercó al retrato y acarició el rostro blanco y cruel con manos que se habían vuelto largas y delgadas.

—Cuando enterraron su hermoso cuerpo, plantaron una semilla, y de esa semilla creció la casa. Una proyección de sí mismo.

—No te creo —Brian negó con la cabeza—. No lo haré, no puedo creerte.

—¡No! —ella se rió y Carlo aulló—. Entonces siente las paredes. Están calientes, carne de su carne. Húmedas. Los fluidos corporales se filtran cuando está excitado. Mira —señaló una gran puerta doble empotrada en una pared—. Mira, la boca. Cuando abro los labios, la comida salta. Comida succulenta y viva y todos nos beneficiamos. La casa necesita toda la esencia dulce que pueda conseguir. Duerme después de comer y ya no gime. No me gusta oírlo gemir.

—¿Dónde está Rosemary? —volvió a preguntar Brian, aunque conocía la respuesta.

—Pasó por los labios hace una hora —la señora Brown se rió muy suavemente y Carlo emitió un gemido—. Ahora, si quieres encontrarla no hay realmente mucha alternativa. Debes seguirla a través de los grandes intestinos hasta las poderosas entrañas. Vagar y gritar, caminar y caminar, hasta que por fin tu voluntad se quebrante y Él puede tomar de ti lo que necesita.

—¿Quieres que pase por esas puertas? —preguntó Brian, y hubo un rayo de esperanza—. Entonces, ¿vagar por los pasillos de una casa vacía? Cuando encuentre a Rosemary, nos iremos.

La mujer sonrió mientras le hacía señas a Carlo.

—Abre los labios, Carlo.

El hombre, si es que lo que se adelantó era un hombre, obedeció en silencio; las

grandes puertas crujieron cuando se abrieron hacia adentro y Brian vio un pasaje turbio, bordeado de paredes teñidas de verde. Un olor cálido, dulce y empalagoso hizo que se le revolviera el estómago y retrocedió.

—Ella te está esperando —dijo la señora Brown en voz baja—, y debe estar muy asustada deambulando por el laberinto, no exactamente sola, pero dudo que aprecie la compañía. La mayoría estaría digerida a esta altura.

Carlo estaba esperando, con la mano en el pomo de una puerta; sus ojos eran los de un lobo hambriento que ve a su presa a punto de ser devorada por un león. Brian, sin mirar de reojo, atravesó la entrada y las puertas se cerraron detrás de él.

No había escaleras. Los pasillos a veces se inclinaban hacia arriba, otras veces hacia abajo en espiral; había tramos en los que el suelo estaba relativamente nivelado, pero los pasillos nunca eran rectos durante mucho tiempo. Torcían, cruzaban otros pasajes, se dividían repentinamente, dejando al vagabundo con la opción de tres o más aberturas; de vez en cuando llegaban a un final en blanco, obligándolo a volver sobre sus pasos. La luz la proporcionaba un espeluznante resplandor verdoso que irradiaba de las paredes y el techo y, a veces, esta luz pulsaba, lo que sugería que se originaba a partir de algún tipo de descomposición.

Brian siguió adelante a duras penas, gritando el nombre de Rosemary, y su eco se burló de él. Siguió adelante hasta que se convirtió en una voz lejana que llamaba a lo largo de las avenidas del tiempo. Una vez tropezó y cayó contra la pared. Instantáneamente, la superficie verde y húmeda se contrajo bajo su peso y hubo un obscuro sonido de succión cuando se liberó. Una parte de la manga de su camisa quedó pegada a la pared y tenía una marca roja en el brazo.

Después de unos treinta minutos llegó al pasillo de las ventanas. No había otra palabra para describirlo, porque una de las paredes estaba cubierta de ventanas, cada una separada por unos dos metros, y lanzó un pequeño grito de alegría, seguro de que ese era el lugar del que él y Rosemary podrían escapar. Entonces los vio. Delante de cada ventana había una forma, en ocasiones dos, como de horriblemente delgados espantapájaros que golpeaban los cristales de las ventanas con dedos como garras y emitían gemidos animales.

Brian se acercó a la primera ventana y echó un vistazo rápido a través de los cristales mugrientos. Había dos pisos arriba, si esa era la expresión correcta, vio el césped y luego, más allá, los páramos, todo bañado por la brillante luz de la luna. Mientras miraba, un gran sabueso cruzó el césped dando saltos. Pasó el muro bajo de un solo salto y luego cruzó el páramo. Algo tocó el brazo de Brian y se dio la vuelta para enfrentarse a una de las criaturas que se había arrastrado silenciosamente desde la ventana de al lado. Vio de cerca el rostro esquelético cubierto de piel marrón y arrugada, y los ojos azules vacíos que lo miraban con mudo y sufriente atractivo. Juzgó

que el hombre había sido un vagabundo, o posiblemente un gitano, porque vestía los restos de una camisa roja y pantalones de pana marrón. Las manos en forma de garra tiraron débilmente de su brazo, la boca se abrió, revelando las encías desdentadas, y un susurro ronco se filtró.

—La vieja dijo que entres.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Brian, incómodamente consciente de que otros bultos grotescos de trapos y huesos abandonaban sus puestos junto a las ventanas y se deslizaban descalzos hacia él.

El susurro vino de nuevo.

—La vieja dijo que entres.

—¿Has visto a una chica joven? —gritó Brian—. ¿Alguno de ustedes ha visto a una chica?

El hombre trató de agarrar su brazo, pero ya no le quedaban fuerzas. Solo pudo repetir la única frase:

—La vieja dijo que entres.

Todos estaban agrupados a su alrededor. Tres tenían cierto parecido con mujeres, aunque se les había caído el pelo, y uno, una criatura alta y parecida a un tallo de frijol, no dejaba de murmurar: «Niño bonito», mientras intentaba sin éxito apretarle las encías en el cuello.

—¡Rompe las ventanas! —gritó Brian, empujándolos tan suavemente como pudo—. Escucha, rompe las ventanas, luego podré bajar y buscar ayuda.

—La vieja dijo que entres.

El hombre solo podía repetir una y otra vez las cinco ominosas palabras, y una cosa horrible y marchita, no más alta que un niño, seguía murmurando: «Carne», mientras trataba de sujetar su boca en la mano derecha de Brian.

Un terror irracional le hizo golpear a la criatura en la cara y esta se estrelló contra la pared. Instantáneamente, la superficie verde se dobló hacia adentro y un profundo suspiro recorrió la casa, haciendo que la horrible manada se deslizara por el corredor, la poca chispa de inteligencia que les quedaba les había advertido que este sonido era algo que debían temer. La pequeña figura del tamaño de un niño quedó pegada a la pared como una mosca en papel engomado y, mientras la luz verde palpitaba, la criatura se sacudía al unísono.

Brian se quitó uno de sus zapatos y golpeó el tacón contra el cristal de la ventana más cercana. Bien podría haber golpeado una losa de roca sólida. Finalmente se dio por vencido y continuó su búsqueda de Rosemary. Después de una hora de caminar cansadamente a lo largo de pasajes teñidos de verde, no tenía idea de cuánto había viajado, o si de hecho estaba dando vueltas en un círculo perpetuo. Se encontró arrastrando los pies, haciendo los mismos pasos vacilantes y resbaladizos que tanto lo habían alarmado en su dormitorio, siglos atrás.

Los pasillos nunca estaban en silencio, porque siempre había gritos, generalmente a cierta distancia, y un extraño sonido sordo que surgía cuando la luz verde pulsaba, pero estos ruidos fuera del escenario se convertían en un murmullo cuando resonaba el grito. Era un grito de desesperación, una llamada de ayuda, una oración nacida del miedo, y de inmediato Brian supo quién había gritado.

Gritó el nombre de Rosemary mientras echaba a correr, aterrorizado de no poder alcanzarla, al mismo tiempo que temeroso de lo que pudiera encontrar. Si ella no hubiera gritado, sin duda habría tomado el pasaje equivocado, pero cuando sonó el segundo grito, corrió hacia el sonido y llegó a una especie de salón circular. Se aferraban a ella como sanguijuelas a un caballo que se ahoga. Sus manos esqueléticas le desgarraban el vestido, sus bocas desdentadas ensuciaban su carne, y mientras tanto chillaban como una manada de cerdos hambrientos.

Los apartó y los cuerpos sin alma se precipitaron contra las paredes vibrantes; los huesos se rompieron como ramitas heladas y los gemidos desesperados se convirtieron en un coro profano.

Tomó a Rosemary en sus brazos y ella se aferró a él como si fuera la vida misma, mientras lloraba como un niño perdido. Brian murmuró palabras suaves e ininteligibles, tratando de tranquilizarse a sí mismo tanto como a ella, y luego le gritó a la manada que se acercaba lentamente.

—No lo entienden, esto no es real. Es la proyección de un cerebro loco. Una pesadilla. Intenten encontrar una salida.

Es dudoso que escucharan, y mucho menos entendieran lo que estaba diciendo. Aquellos que aún podían moverse se abrían paso como ratas cuyo hambre es mayor que su miedo.

—¿Puedes caminar? —le preguntó a Rosemary y la chica asintió—. Bien, entonces debemos seguir nuestro camino hacia abajo. El departamento de la mujer está en la planta baja y nuestra única esperanza es derribar esas puertas y escapar por el césped.

—Es imposible —Rosemary se aferraba a su brazo mientras dejaban atrás a las criaturas—. Este lugar es un laberinto. Daremos vueltas y más vueltas por estos pasillos hasta que caigamos.

—Disparates —dijo Brian bruscamente—. La casa no puede ser tan grande y somos jóvenes y estamos en forma. Mientras bajemos, estamos obligados a encontrar las puertas.

Esto era más fácil decirlo que hacerlo. Muchos corredores bajaban en pendiente, solo para volver a subir, pero pronto salieron a un pasaje y descubrieron que estaban en algún lugar en la parte trasera de la casa, pero solo un piso más arriba.

—Ahora —Brian besó a Rosemary —solo una pendiente más y estamos allí.

—Pero estamos en el lado equivocado de la casa —se quejó Rosemary—. Incluso si encontramos las puertas, ¿cómo piensas atravesarlas?

—Un paso a la vez. Luego, tal vez, te use como un ariete.

Tardaron una hora en encontrar la siguiente pendiente descendente y solo después de haber vuelto sobre sus pasos varias veces, pero al fin estaban bajando, Rosemary se estremeció.

—Se está poniendo frío.

—Sí, y ese maldito hedor es cada vez más pronunciado. Pero no importa, pronto estaremos allí.

Bajaron constantemente durante otros cinco minutos y luego Rosemary comenzó a llorar.

—Brian, no puedo seguir mucho más. Seguramente pasamos por la planta baja hace años. Y hay algo horrible aquí abajo. Puedo sentirlo.

—No puede ser más horrible que lo que hay arriba. Debemos continuar. No hay vuelta atrás a menos que quieras acabar con un zombi.

—¡Zombi!

—¿Qué imaginabas que eran esas cosas allá atrás? Murieron hace mucho tiempo y solo continúan porque la casa les da una especie de vida. La señora Brown y Carlo parecen estar mejor provistos, pero murieron hace siglos.

—No puedo creer todo esto —Rosemary se estremeció—. ¿Cómo puede existir un lugar

como este en el siglo XX?

—No existe. Supongo que nos topamos con la casa en el momento correcto, o en nuestro caso, en el momento equivocado. Supongo que podrías llamarlo una trampa del tiempo.

—No sé de qué estás hablando —dijo Rosemary, y luego agregó—: Rara vez lo sé.

El pasadizo se estaba volviendo más empinado, girando en espiral y descendiendo hasta que les resultó difícil mantenerse erguidos. Luego el piso se niveló y después de un espacio de unos seis pies llegó a su fin.

—Tierra —Brian sintió la pared—. Tierra buena y honesta.

—Tierra —repitió Rosemary.

Brian levantó los ojos hacia el techo y luego habló con una voz cuidadosamente controlada.

—Hasta ahora hemos estado caminando sobre un piso y entre paredes que están construidas con algo muy desagradable. ¿Cierto? Ahora estamos frente a una pared construida o colocada con pala en su lugar.

Rosemary asintió.

—Sí, así que llegamos a los cimientos de la casa. Pero pensé que estábamos buscando las puertas.

Brian la agarró por los hombros.

—Repítelo.

—¿Decir qué otra vez? Mira, me estás lastimando.

Él la sacudió suavemente.

—La primera parte.

Ella pensó por un momento.

—Así que llegamos a los cimientos de la casa. ¿Qué tiene eso de importante?

Él la soltó y se acercó a la pared, donde se quedó de pie durante unos minutos examinando su superficie, luego volvió y le levantó la barbilla para que lo mirara

directamente a los ojos.

—¿Intentarás ser muy, muy valiente?

El miedo volvió corriendo y se estremeció.

—¿Por qué?

—Porque voy a derribar ese muro —habló muy despacio—. Y en el otro lado podemos encontrar algo realmente desagradable.

Ella no movió la cabeza, solo continuó mirándolo a los ojos.

—¿No hay otra manera? —susurró ella.

Brian sacudió la cabeza.

—Ninguna. Ninguna en absoluto.

Hubo un minuto de completo silencio, luego:

—¿Qué vas a usar como pala?

Se rió y volvió a la pared. La golpeó con el puño.

—Podría decir que tienes un punto allí, pero no lo haré. Hagamos un inventario. ¿Qué tenemos que sea digno de pico y pala? Nuestras manos, por supuesto. ¿Zapatos? Tal vez —buscó en su bolsillo y sacó un manojo de llaves y una navaja—. Esto podría poner en marcha las cosas, luego puedo sacar las cosas sueltas con mis manos.

Hundió la hoja de la navaja en la tierra blanda y húmeda y trazó el contorno tosco de una puerta, luego comenzó a profundizar los bordes, excavando pequeños terrones de tierra que caían al suelo como trozos de carne masticada. Luego, Brian se quitó los zapatos y usó los tacones para hacer un agujero irregular.

—Si puedo abrirme camino —explicó—, debería ser un asunto fácil derribar el resto.

Cavó constantemente durante otros cinco minutos, luego apareció un destello de luz y, después de un último esfuerzo, pudo mirar a través de una abertura de aproximadamente seis pulgadas de diámetro.

—¿Que puedes ver? —preguntó Rosemary, su tono sugería que preferiría no saber.

—Parece ser una especie de cueva grande. Está iluminada con esa luz verde, al igual

que los pasadizos. Puedo ver trozos de roca por ahí, pero no mucho más. Bueno, aquí va.

Metió la mano derecha por la abertura, rodeó con los dedos la pared interior y tiró. Se desprendió un gran trozo, luego comenzó a trabajar con ambas manos, tirando, arañando, y toda la pared se derrumbó. Se limpió las manos en los pantalones ya manchados y luego se puso los zapatos.

—Ahora —dijo—, es el momento de la verdad.

Estaban en una caverna tosca y circular; tenía unos veinte pies de diámetro y la misma distancia de altura. Trozos sueltos de roca cubrían el suelo, pero no había señales de nadie, ni vivo ni muerto, y Brian dejó escapar un prolongado suspiro de alivio.

—No sé qué esperaba ver, pero gracias a Dios, no lo veo. Ahora debemos empezar a buscar una salida. Voy a rodear las paredes, tú examinarás el piso. Nunca se sabe, podría haber un agujero que se hundiera aún más.

Volvió su atención a las paredes irregulares, dejando a Rosemary vagando miserablemente entre las grandes rocas y peñascos que formaban una especie de defensa alrededor del centro de la caverna. Miró hacia arriba y vio, a unos seis metros del suelo, un agujero bastante grande. Decidiendo que valdría la pena investigar, comenzó a ascender por la pared y descubrió que la tarea era más fácil de lo que había supuesto, ya que las rocas salientes eran excelentes puntos de apoyo. En pocos minutos había alcanzado su objetivo. El agujero era, de hecho, una pequeña cueva de unos siete pies de alto y cinco de ancho, pero, lamentablemente, no había salida.

Estaba a punto de descender y continuar su búsqueda en otro lugar cuando Rosemary gritó. Nunca antes se había dado cuenta de que una garganta humana fuese capaz de expresar un terror tan abyecto. Gritos tras gritos resonaron contra las paredes, hasta que pareció que un ejército de banshees pronosticaba un millón de muertes. Miró hacia abajo y vio a la chica parada justo dentro de la cerca de piedras mirando algo que él no podía ver; sus ojos estaban dilatados y parecían congelados en una expresión de horror indescriptible.

Brian trepó por la pared y corrió hacia ella; cuando le puso las manos sobre los hombros, ella se estremeció como si su toque fuera un hierro candente, luego su grito final se interrumpió y se deslizó en silencio hasta el suelo.

A unos metros de distancia había una pequeña hendidura, un agujero poco profundo. Brian experimentó un aterrador impulso de no mirar dentro, pero sabía que debía hacerlo, aunque solo fuera por una extraña y apremiante curiosidad.

Arrastró a Rosemary hacia atrás y la dejó tendida contra una pared, luego regresó,

arrastrándose muy lentamente, luego de puntillas. Por fin estaba al borde del infierno.

Miró hacia abajo.

El horror recorrió su cuerpo en oleadas de frío; le dejó un bulto helado en el estómago. Quiso vomitar pero no tuvo fuerzas. Tuvo que mirar hacia abajo, concentrar todos sus sentidos y tratar de creer.

La cabeza se parecía al retrato de la antesala de la señora Brown; era blanca, muerta, hinchada, lo que sugería un exceso de alimento consumido durante un período muy largo. El cabello medía al menos seis pies de largo y estaba extendido sobre la roca suelta como un sudario monstruoso. Pero el torso y los brazos surgían del suelo. Los hombros y parte de los antebrazos eran de carne, pero más abajo la piel blanca asumía un color grisáceo y, más abajo aún, se fundía gradualmente en roca sólida. Lo más espantoso de todo era la profusión de bultos verdosos y en forma de tubo que brotaban de debajo de los antebrazos y el cuello y, por lo que Brian podía ver, de toda la espalda. Raíces obscenas se extendían en todas direcciones hasta desaparecer en la tierra negra, retorciéndose y palpitando, llevando el fluido vital que circulaba por la casa.

Los ojos estaban cerrados, pero la cara se movía. Los delgados labios hicieron una mueca, creando surcos temporales en la grasa fofa. Brian se retiró del hoyo, la tumba, y por fin su estómago se salió con la suya y le permitió vomitar violentamente. Cuando regresó a Rosemary, se sentía viejo y sin fuerzas. Ella estaba volviendo a la conciencia y él le alisó el cabello hacia atrás.

—¿Estás lo suficientemente en forma para hablar? —preguntó.

Ella dio un pequeño grito ahogado.

—Esa... esa cosa...

—Sí, lo sé. Ahora escucha. Te voy a llevar allí arriba —señaló la cueva ubicada en lo alto de la pared opuesta—. Estarás bien allí mientras yo hago lo que debe hacerse.

—No entiendo —ella sacudió su cabeza—. ¿Qué debes hacer?

—La señora Brown insinuó que su esposo era un vampiro, y hace siglos los muchachos locales hicieron las cosas tradicionales y le clavaron una estaca en el corazón. Ella dijo algo más: eso debería haberlo destruido, pero su cerebro... ¿No lo ves? Esta casa es una pesadilla producida por una inteligencia monstruosa.

—Creeré cualquier cosa —Rosemary se puso de pie—. Solo sácame de aquí. Prefiero caminar por los pasillos que pasar otro minuto con esa... cosa.

—No —sacudió la cabeza—. Debo destruir el cerebro. El único punto es: cuando lo haga... —miró alrededor de la caverna, luego hacia la entrada del pasaje de paredes verdes—. ... cualquier cosa puede pasar.

—¿Qué pasará contigo?

—Tan pronto como termine el trabajo me reuniré contigo.

Podría haber agregado: «si lo termino», pero en cambio guió a Rosemary hasta la pared y la ayudó a subir a la cueva.

—Ahora —instruyó—, mantente bien atrás y, bajo ninguna circunstancia, ni siquiera asomes la nariz. ¿Entendido?

—Dios, estoy petrificada —dijo—. No dejes que se te escape.

Regresó al agujero como un espíritu liberado que regresa al infierno. A medida que se acercaba, el terror creció hasta que requirió un esfuerzo desesperado para levantar un pie. Sólo el recuerdo de Rosemary mantenía viva su chispa de coraje. Por fin volvió a contemplar aquel horrible bulto; gimió y el sonido corrió alrededor de la caverna y a través de la casa. La cara hizo una mueca y se contrajo, mientras que los tubos verdes se retorcían como un nido de gusanos. Brian seleccionó una roca que era un poco más grande que la cabeza hinchada y, agarrándola con ambas manos, se preparó para arrojarla hacia abajo. Había tensado los músculos y se estaba girando ligeramente hacia un lado, cuando los párpados se movieron hacia atrás y se encontró mirando dos charcos de odio negro.

El impacto fue tan intenso que automáticamente aflojó su agarre y la roca se deslizó de sus dedos y se estrelló en algún lugar detrás de él. La boca se abrió y un vibrante susurro recorrió la casa.

—Elizabeth... Carlo...

Las palabras salían lentamente, como una serie de suspiros inteligibles, pero de todos lados, de las paredes, del piso, del techo alto, nunca de los labios en movimiento.

—¿Podrías... destruir... eso... que... no... entiendes?

Brian estaba buscando a tientas la roca, pero se detuvo y la voz susurrante continuó.

—Yo... debo... continuar... siendo... yo... debo... crecer... llenar... el... universo... consumir... tomar... fuerza...

Un ruido de patas que corrían rápidamente llegó desde la entrada del pasillo y la voz de una mujer estaba llamando.

—Petros, bebe de su esencia... llévalo a la muerte andante.

Había una pizca de miedo en los terribles ojos. La voz susurrante volvió a correr por la casa.

—Él... es... un... increíble... él... es... el... joven... de... una... nueva... era... ¿por qué... lo... dejaste... pasar...?

El gran perro saltó sobre la tierra suelta y salió del pasadizo; era negro como la medianoche, como una sombra sólida recién escapada de una pared, y caminó alrededor de la caverna antes de saltar sobre una roca. Brian le arrojó una piedra y golpeó el hocico ancho y negro. La bestia aulló y retrocedió cuando la señora Brown habló desde la entrada.

—No mantendrás eso por mucho tiempo. Carlo no puede ser asesinado por gente como tú.

Ella había sido transformada. El cabello una vez blanco era ahora de un rico castaño rojizo, el rostro era joven, pero los gloriosos ojos reflejaban la maldad de un millón de ayer. Llevaba un vestido de noche negro que dejaba los brazos y la espalda al descubierto y Brian solo podía mirarla fijamente, olvidando lo que había detrás de él y de Rosemary, arriba en la cueva. Todo lo que podía ver era carne blanca y ojos tentadores.

—Vamos —dijo la voz baja y ronca—. Deja a Petros con su sueño. Él no puede hacerte daño y sería un desperdicio si Carlo rompiera tu hermoso cuerpo en pedazos. Piensa en lo que puedo ofrecerte. Una eternidad de felicidad. Un millón de vidas de placer. Ven.

Dio un paso adelante, luego otro, y parecía que estaba caminando hacia un sueño prohibido; todos los secretos deseos que hasta ese momento no se había dado cuenta de que existían, estallaron y se convirtieron en excitantes posibilidades. Luego, justo cuando estaba a punto de rendirse, ir corriendo hacia ella como un niño hacia un hermoso juguete, su voz azotó su conciencia.

—Carlo... ahora.

El perro llegó gruñendo por encima de las rocas y Brian cayó hacia atrás, repentinamente consciente del peligro inminente. Tomó un trozo de roca irregular y se lo arrojó a la bestia que se aproximaba. Lo golpeó justo encima de la oreja derecha, luego comenzó a lanzar piedras tan rápido como pudo recogerlas. El perro saltaba de

un lado a otro, gruñendo de dolor y rabia, pero Brian se dio cuenta de que avanzaba más de lo que retrocedía y supo que pasarían unos minutos, como máximo, antes de que sintiera esos colmillos en su garganta. Por casualidad, sus manos se cerraron alrededor de la pequeña roca original, y fue entonces cuando comprendió lo que debía hacer.

Levantó la piedra por encima de su cabeza, hizo ademán de lanzársela al perro, que retrocedió momentáneamente y luego la arrojó hacia atrás, directamente a la cabeza de Petros.

La casa chilló. Un grito prolongado y el perro ya no estaba allí; en cambio, Carlo corrió hacia su ama, emitiendo gritos lastimeros y guturales, antes de hundirse delante de ella, tirando frenéticamente del dobladillo de su vestido negro.

Brian miró hacia atrás y hacia abajo en el agujero y vio que la cabeza estaba destrozada. Lo que quedaba de la carne se estaba volviendo negra. Los tubos verdes ahora eran solo rayas de tejido desinflado y el fluido que daba vida ya no corría. De lo alto llegó un sonido retumbante profundo y un gran astillado, como si una montaña de rocas se estuviera triturando. Brian corrió hacia la pared del fondo y, subiendo rápidamente a la cueva, encontró a Rosemary esperando para darle la bienvenida con los brazos extendidos.

—Mantente abajo —advirtió—. Todo el infierno se va a desatar en cualquier momento.

Yacían boca abajo en el suelo y Brian tuvo que levantar la cabeza para ver el acto final. La luz verde se estaba desvaneciendo, pero antes de que se extinguiera, vio por última vez a la mujer que miraba fijamente el lugar donde había yacido Petros. Estaba acariciando la cabeza de Carlo. Entonces el techo se derrumbó y por un momento solo hubo oscuridad y estruendo de rocas que caían. Pasó el tiempo y el aire se aclaró cuando el polvo se asentó y, como un rayo de esperanza en el valle de la desesperación, un poco de luz golpeó la entrada de la cueva. Brian miró hacia afuera y luego hacia arriba. Veinte pies por encima había un trozo de cielo azul.

Salieron del hoyo, magullados, con la ropa rasgada, pero felices de estar vivos. Caminaron de la mano por los páramos y, después de un rato, miraron hacia atrás y vieron un montón de rocas que, a esta distancia, podrían haber sido confundidas con una casa en ruinas.

—Nunca hablaremos de esto con nadie —dijo Brian—. Uno no habla de sus pesadillas. Son tan ridículas a la luz del día.

Rosemary asintió.

—Dormimos. Soñamos. Ahora estamos despiertos.

Siguieron caminando. Dos figuras cuya distancia fue disminuyendo hasta convertirse en diminutas motas en un lejano horizonte.

La brisa de la mañana acariciaba la hierba de verano, las campanillas sonreían a un cielo benigno y un par de conejos jugaban al escondite entre las rocas caídas. Según todas las apariencias, todo estaba en paz. Entonces un conejo chilló y un armiño alzó las fauces chorreantes de sangre.